

RESILIENCIA

Galileo Isaac

Transcurridos alrededor de diez minutos desde mi llegada, aún mantenía el informe de investigación cobijado con ambas manos, sin haber leído más que el pequeño cartel de *SILENCIO*, que colgaba en el interior de la pared frontal en la espaciosa biblioteca. Mis pensamientos transitaban entre alterada sinapsis y aletargadores recuerdos, exhibiendo un reciente pasado convertido ahora en pesar y nostalgia. En esos momentos, mi condición neural sumía en un mar de incertidumbre mis ganas de vivir, y la duda había secuestrado la otrora placidez inmersa en mis horas de sueño.

Un incesante ir y venir de la puerta de vidrio que daba entrada a estudiantes de pre y pos grado, rompía la casi absoluta quietud, del recinto que alberga las más disímiles corrientes del saber humano, y particularmente, las más novedosas conclusiones de infinidad de estudios e investigaciones, amparados estos en el dedicado apoyo prestado por la casa de estudios universitarios. Y es que la *alma mater* que coronó con espigas de orgullo mis grados obtenidos, y luego me permitió alcanzar mi *alter ego* como docente titular, se constituye ahora en instrumento para mis ganas de superar los efectos del incipiente Párkinson, que amenaza con impregnar mis futuras jornadas de asesoría económica y financiera. (Ya en la inminencia de mi retiro de las aulas de clases, enrumbé mi todavía extensa vida útil hacia la consultoría de empresas en situación de impago, y cualquier otro menester que tenga que ver con la Economía como profesión). Fue en pleno desempeño de mi oficio de profesor, donde los primeros síntomas se acercaron a mi hasta entonces satisfactoria salud. Abordaron mi rutina diaria, sumando cada día más episodios al anterior, y haciéndose más obvios en intensidad y frecuencia.

Pero bueno, ahí estaba, dispuesto a enfrentar lo que mi predisposición genética había anunciado – como estimada probabilidad – que me acompañaría en mi madurez, sin siquiera tener que desgastar la incómoda necesidad de invitarle a vivir conmigo. Mi ánimo vital se batía en penosa lid, con la visión de futuro que llenaba de amargor la realidad que estaba enfrentando. Comenzaba, entonces, a experimentar un sentimiento de añoranza de mis sesiones de enseñanza (y a la vez de aprendizaje) que saturaban la zona de confort de mi vocación pedagógica. Pensé que la adversidad me había alcanzado antes de conquistar la añosa meta que siempre he anhelado, en la que me veo entre tomos y tesis, leyendo conclusiones y resultados parciales de orden cualitativo, cuantitativo, o mixto, de diversas investigaciones dentro del orden científico y social. Y es que la Universidad de Córdoba ha sido desde sus inicios – hace ya cincuenta años – una especie de cofradía, donde sus miembros han encontrado el soporte necesario para configurar el culmen ideal, de las inquietudes alojadas en cualquier académico con deseos de aportar algo sustancial a la humanidad.

Pues bien, esa visita a la biblioteca obedeció a mi necesidad de abordar mis días por venir, a la obligación que me he impuesto de conocer en la medida que me sea posible, al menos las características más resaltantes del padecimiento que llegó para quedarse, y ser mi inseparable compañero hasta que la muerte nos convierta en desechos de carne y nervios. Las investigaciones de mis colegas profesores al respecto, darán luz a la encrucijada en que ahora se convierte mi camino, al tiempo que mi inalterada resolución a la consecución de mis objetivos, mantendrá el horizonte que siempre he querido observar en el discurrir de mi existencia, cada vez que me asome erguido a mi afán de prosperidad.

En lo personal, los ajustes requeridos para acoplarme a mi situación actual, deberé asumirlos con la entereza que la realidad impone, y poco a poco iré desgranando los avances del padecimiento, que hasta este momento no asimilo como devastadores. Mi disposición al logro se mantiene intacta, y eso anota un punto a mi favor. Mis hijos, ya independientes, seguro estoy de que se convertirán en columnas de soporte para mi lucha, y mi compañera de vida – mi amada esposa – será el estandarte que enarbolaré en el solaz de mi paz hogareña.

En cuanto a mi vocación, creo que mi desempeño docente recorrió confortantes caminos entre benefactores de la enseñanza y personajes del aprendizaje, convirtiéndose muchos de estos últimos en la nueva generación académica requerida, en un mundo que minuto a minuto va aumentando la exigencia, a quienes globalizamos la interacción humana. La inmanencia del hombre universitario, pues, inmersa en una impronta que desvela el rostro del saber compartido, en un clima de total respeto, acompañamiento y sabia instrucción, como rutina estandarizada en los predios academicistas, de los cuales nunca querré despedirme desde mi orgullo y mi realización.

Ese día, cuando al fin decidí abrir el compendio de conclusiones experimentales del equipo de investigación, supe de la combinación de imágenes en 3D e inteligencia artificial para diagnosticar el grado de afección del Parkinson, lo que podría ayudar a medicar a los pacientes tratados contra esta enfermedad. Las imágenes en 3D, son capaces de detectar la densidad de las proteínas encargadas de transportar la dopamina, neurotransmisor esencial en el control del movimiento, del que obviamente he comenzado a adolecer.

La demostrada solidaridad de estudiantes y profesores, junto a mis compañeros del personal administrativo y demás trabajadores de la Universidad, ha sido clave en el proceso de asimilación y proyección de mi desempeño futuro.

La amorosa recepción hogareña a mi nueva condición, y las muestras de afecto de amigos y familiares, le imponen a mis ganas una dinámica que deberé administrar con la mejor de las actitudes, y eso es en este momento, determinante en mi pensamiento de vida. El sol seguirá brillando para iluminar el trayecto, y las aves no detendrán sus colores para lucir su alto vuelo. La sonrisa seguirá siendo por siempre la alegría del aliento, y los amaneceres continuarán hermozeando las suculencias del disfrute. Todavía me queda un largo y prometedor camino por recorrer, lleno de recompensas, satisfacciones, honrosas canas, y una imperceptible (en mi empeño de salir adelante) disfunción neural. El que mi abuelo materno haya padecido este trastorno en su adultez mayor, me hizo ineludible heredero del tremor corporal, al que no pienso entregar jamás mi voluntad de ser. ¡Soy amo del milagroso don, de tener aún toda una cautivadora vida por delante!...